

ciones, el ejecutarlas con gran deseo de agradar á Dios.

La escarlata y la púrpura son telas preciosas, no á causa de su lana, sino á causa de su tinte; así las obras del cristiano, que son como la lana, de nuestros corazones, no son grandes por sí mismas, sino porque están teñidas en la sangre de Dios.

A mí no me gusta que se diga; *es menester hacer esto o aquello porque es más meritorio*: todo debe hacerse por la gloria de Dios.

Haced, pues, todas las cosas en el nombre de Dios, y serán bien hechas. Sea que comais, ó que bebais, ó que durmais, ó que recreis, ó que deis vueltas al asador, con tal que sepais arreglar bien vuestros negocios, aprovechareis mucho delante de Dios haciendo todas esas cosas, porque Dios quiere que las hagais.

Llevad una vida común, pero de una manera no común.

Haced bien hoy, eso poquito que la Providencia os pide actualmente; y mañana,

que se llamará otra vez hoy, veremos lo que será necesario emprender.

44.—Los deberes de estado.

El que deja los deberes de su estado para entregarse á otras ocupaciones que le agradan, por piadosas que parezcan, no hace nada que valga. Dios quiere ser servido según su voluntad, y no según la nuestra; y la suya es la santificación y perfección de las almas.

No hay vocación alguna que no tenga sus enemigos, sus amarguras y sus disgustos: y si exceptuamos á aquellos que están plenamente resignados á la voluntad de Dios, cada uno quisiera de buena gana cambiar su condición por la de los demás. Los casados quisieran no serlo, y los que no lo están quisieran estarlo.—¿De dónde viene esta general inquietud de los espíritus, sino de un cierto disgusto que tenemos por la sujeción? Mas todo es lo mis-

mo. El que no está plenamente resignado, hállese aquí ó hállese allá, no tendrá nunca reposo. Los que tienen fiebre no encuentran bueno ningún lugar. Ni un cuarto de hora han permanecido en una cama, cuando ya quieren estar en otro. Más la causa no es la cama, es la fiebre que donde quiera les atormenta. Una persona que no tiene la fiebre de la propia voluntad, se contenta con todo, con tal de que Dios sea servido. Poco le importa la calidad con que Dios la emplee; con tal que ella haga la voluntad divina, todo le es igual. — Pero no es esto todo; se necesita no solo hacer la voluntad de Dios, sino hacerla alegremente.

Que cada uno permanezca en la vocación á que Dios lo ha llamado, nos dice el Apóstol. No se necesita llevar la cruz de los otros, sino la suya propia: y para ello Nuestro Señor quiere la renuncia de sí mismo, es decir, de la propia voluntad. Yo quisiera esto y aquello, yo estaría mejor aquí que allá; esas son tentaciones. Nuestro Señor sabe bien lo que hace; hagamos lo que El quiere, permanezcamos donde El nos ha puesto.

En todas partes puede uno santificarse.

Quien quisiera tener un feliz éxito en su matrimonio, debería en su boda representarse la santidad y la dignidad de este sacramento. Más en lugar de esto, hay mil desarreglos en pasatiempos, festines y palabras. No es, pues, maravilla, que los efectos sean deplorables.

El matrimonio es una cierta orden, donde es preciso hacer la profesión antes del noviciado, y si hubiera un año de prueba, como en los claustros, habría pocos profesos.

Pensadlo bien, cuando uno se ha embarcado no es tiempo ya de arrepentirse.

Permaneced en el navío donde Dios os ha puesto para hacer el viaje de esta vida á la otra; permaneced en él de buena gana y con amor. Ese viaje es tan corto, que no vale la pena de cambiar de barca.

Y aun cuando algunas veces no hayamos sido puestos allí por la mano de Dios sino por la de los hombres, una vez que allí estamos. Dios quiere que allí perma-

nezcamos, y por consiguiente, es preciso continuar con dulzura y buena voluntad. Donde hay menos de propia elección, hay más de sumisión á la voluntad celestial. Prestando, pues, vuestra aquiescencia á la voluntad divina, decid frecuentemente con todo vuestro corazón: «Sí, Padre Eterno, quiero estar así, porque así habeis querido que yo esté.»—Por lo demás, yo os exhorto á ser muy fieles en la práctica de esa conformidad y dependencia del estado en que os encontrais Este punto es de una importancia tal, para la perfección de vuestra alma, que de buena gana yo lo escribiría con mi sangre.

El estado de matrimonio requiere más virtud y constancia que ningún otro. El es un perpétuo ejercicio de mortificación.

45.—Las tentaciones.

El sentir no es consentir.

El demonio anda en torno de nuestro espíritu, acechándolo y turbándolo, para ver si puede hallar alguna puerta abierta. Buen indicio es que el enemigo golpee y haga ruido en la puerta; señal de que no está dentro. Valor, con tal de que no entre poco importa lo demás. Que aceche, que golpee, que grite, que haga cuanto pueda; nosotros estemos seguros de que no podrá entrar á nuestra alma, sino por la puerta de nuestro consentimiento. Tengámosla bien cerrada y examinemos frecuentemente si se haya bastante asegurada; al fin él se cansará, y si no se cansare Dios le hará levantar el sitio.

Los lobos y los osos son sin duda más peligrosos que las moscas; pero no nos causan tantas importunidades y fastidios, ni ejercitan tanto nuestra paciencia.—Mas estemos seguros de que tantas cuantas victorias alcancemos sobre esos pequeños enemigos, serán otras tantas piedras preciosas puestas, puestas en la corona de gloria que Dios nos prepara en el cielo.

Tan luego como sintais alguna tentación haced como los niños cuando ven á un lobo ó un oso en el campo; al punto corren á

los brazos de su padre ó de su madre, ó al menos los llaman en su ayuda y socorro. Acudid de ese modo á Dios, reclamando su misericordia y socorro. Ese es el remedio que nuestro Señor nos enseña: *orad para que no entreis en tentación.*

Distraed vuestro espíritu con algunas buenas y laudables ocupaciones; pues entrando ellas á vuestro corazón y tomando lugar allí, echarán fuera las tentaciones y sugerencias malignas.

El gran remedio contra todas las tentaciones, grandes ó pequeñas, es abrir nuestro corazón y comunicar las sugerencias, resentimientos y afectos que tengamos, á nuestro director.

Si á pesar de todo esto, la tentación se obstina en mortificarnos y perseguirnos, no hay que hacer otra cosa que obstinarnos por nuestra parte, protestando que no queremos consentir. Pues así como las doncellas no pueden ser casadas cuando dicen que no, así el alma, aunque turbada, no puede jamás ser manchada mientras dice que no.

En cuanto á esas pequeñas tentaciones, que como moscas y mosquitos, vienen pasando ante nuestros ojos, y ya nos pican en la mejilla, ya en la nariz, pues es imposible estar exentos de su importunidad, la mejor resistencia que podemos hacer, es no atormentarnos por ello; pues todo eso no puede causar daño, aunque causa fastidio con tal de que estemos bien resueltos á servir á Dios.

Ultimamente estuve cerca de un colmenar, y algunas abejas se posaron en mi cara. Yo quise llevar allí mi mano para quitarlas; pero un campesino me dijo: no tengais miedo; no las toqueis y de ningún modo os picarán; si las tocais, os harán daño!—Yo lo creí así, y ni una sola me picó.—Creedme: no temais esas tentaciones, no las toqueis y en nada os ofenderán. Pasad adelante y no atendais á eso.

Haced una simple conversión de vuestro corazón, hacia el costado de Jesucristo crucificado, y con un acto de amor hacia El, besad sus sagrados piés. Este es el mejor modo de vencer al enemigo.

Después de todo eso, preciso es conso-

larnos con aquellas palabras de la Escritura: *Bienaventurado el que sufre tentacion, pues siendo probado, recibirá la corona de la vida.*

46.—El mundo.

No consiste la perfección en no ver al mundo, sino en no gustarlo ni saborearlo.

Debemos vivir en este mundo como si tuviéramos el alma en el cielo y el cuerpo en el sepulcro.

Cuando éramos niños pequeños, ¡con qué afán juntábamos pedazos de ladrillo, de madera, de lodo, para hacer casas y pequeños edificios! Y si alguien los desbarataba nos poníamos muy tristes y llorábamos; pero ahora conocemos muy bien que todo eso importaba poco.... Hagamos nues-

tras niñerías, puesto que somos niños; pero no nos consumamos en hacerlas. Y si alguno destruye nuestras casitas y nuestras pequeñas empresas, no nos atormentemos mucho por ello; pues cuando venga la noche en que sea menester ponernos á cubierto, es decir, cuando venga la muerte, todas nuestras casitas para nada servirán. Preciso será retirarnos á la casa de nuestro Padre.

Atendamos fielmente nuestros negocios; pero sepamos que no tenemos negocios más dignos que los de nuestra salvación.

Si el mundo nos desprecia, regocijémonos; tiene razón, pues bien reconocemos que somos despreciables; si él nos estima despreciemos su estimación y su juicio, porque es ciego. Preocupémonos poco de lo que piense el mundo; despreciemos su estimación y su desprecio, y dejémoslo que diga lo que quiera, bien ó mal.

Oh Dios mío! quitadnos del mundo, ó quitad el mundo de nosotros! Arrancad nuestro corazón al mundo ó arrancad el

mundo de nuestro corazón! Todo lo que no es Dios no es nada ó es poca cosa.

No hagamos caso de este mundo, sino en tanto nos sirve de puente para pasar á otro mejor.

47.—La inquietud.

La inquietud no es una simple tentación, sino una fuente de la cual y por la cual vienen muchas tentaciones.

La inquietud es el mayor mal que puede acontecer al alma, después del pecado. Pues así como las sediciones y turbaciones interiores de una República, la arruinan completamente é impiden que pueda resistir al extranjero, así nuestro corazón, estando turbado é inquieto, pierde la fuerza de las virtudes que había adquirido, y al mismo tiempo, el medio de resistir las tentaciones del enemigo, el cual hace entonces

toda clase de esfuerzos para pescar, como se dice, en agua revuelta.

La inquietud proviene del deseo desarreglado de verse libre del mal que se siente, ó de adquirir el bien que se espera. Sin embargo, nada hay que empeore tanto el mal, y aleje más el bien, como la inquietud y el apresuramiento.—Los pájaros quedan presos en las redes, porque al caer en ellas, se mueven y revolotean desarregladamente para salir, y con eso, se envuelven más y más.

Cuando esteis urgidos del deseo de veros libres de algún mal ó de conseguir algún bien, antes de todo, poned vuestro espíritu en reposo y tranquilidad; haced que se asienten vuestro juicio y voluntad, y después, muy despacio y muy suavemente, proseguid el hilo de vuestro deseo, tomando por orden los medios convenientes. Al decir que muy despacio, no quiero decir que negligentemente, sino sin apresuramiento, sin turbación, sin inquietud.

No os enojeis, ó al menos no os turbeis

porque os hayais turbado. No os altereis porque os hayais alterado. No os inquieteis porque os hayais inquietado, antes bien, tomad vuestro corazón y ponedlo dulcemente en las manos de nuestro Señor, y suplicadle que lo sane.

Quereis que nada perturbe vuestra vida? No deseis reputación ni gloria del mundo. —No os apeguéis á los consuelos y amistades humanas.

48.—La tristeza.

La tristeza que es según Dios, dice San Pablo, obra la penitencia para la salud; la tristeza del mundo obra la muerte. La tristeza puede ser buena y mala, según los diversos efectos que produzca en nosotros.

Cierto es que ella produce más efectos malos que buenos; pues solamente obra dos cosas buenas, que son la misericordia

y la penitencia; mientras de ella vienen seis malas, que son la angustia, la indignación, la cólera, los celos, el fastidio y la impaciencia. Esto ha hecho decir al Sabio: *La tristeza mató á muchos y no hay utilidad en ella.* En efecto, por dos buenos arroyos que provienen del manantial de la tristeza, hay otros seis que son bien malos.

Un Santo triste, es un triste Santo.

El demonio se complace en la tristeza y en la melancolía, porque está y estará eternamente triste y melancólico, y quisiera que cada uno estuviera como él.

Practicando el bien, regocijaos tanto como podais; pues es una doble gracia el que las buenas obras sean bien hechas y alegremente ejecutadas.

Y cuando yo he dicho, *practicando el bien*, no he querido decir que si acontece alguna falta, os entreguis por eso á la tristeza; no, por Dios! pues eso sería agregar una falta á otra falta. Lo que quiero decir es, que perseveréis queriendo obrar bien y que volváis al bien tan luego como co-

nozcais que os apartasteis de él, y que mediante esta fidelidad vivais alegres en general.

49.—El apresuramiento.

El apresuramiento es la peste de la devoción.

El que se apresura, dice Salomón, corre riesgo de tropezar.—Un hombre prevenido vale por dos.

Mucho ruido, poco fruto.—Los zánganos hacen mucho más ruido y andan más apresurados que las abejas, pero solo hacen la cera y no la miel: así los que se apresuran con una pena grande y un empeño ruidoso, no hacen jamás ni mucho ni bien.

Necesario es en todo y por todo vivir apaciblemente. Si nos vienen penas inte-

riores ó exteriores, preciso es recibirlas apaciblemente. Si nos viene la alegría, fuerza es recibirla apaciblemente sin alterarnos por ello. Si necesitamos huir del mal, es menester que sea apaciblemente, sin turbarnos; pues de otro modo, huyendo podríamos caer, y dar lugar al enemigo para que nos matara. Si necesitamos obrar el bien, debemos practicarlo apaciblemente; pues de otro modo cometeríamos muchas faltas apresurándonos. Hasta la misma penitencia, debemos hacerla apaciblemente. *Hé aquí, decía el gran penitente David, que mi muy amarga amargura está en paz.*

Nuestro amor propio es un gran enredador, que quiere siempre emprenderlo todo, y no acaba nada.

Haced como los niños pequeños, que con una mano se cojen de su padre, y con la otra cortan fresas ó moras á lo largo de los vallados. Así, también, juntando y manejando los bienes de este mundo con una de vuestras manos, cojed siempre con la otra la mano del Padre celestial, volviendos á El de cuando en cuando para ver si le agradan vuestras ocupaciones. Guardaos sobre todas las cosas, de dejar su mano y su protección, pensando juntar

ó recoger mas; porque si El os abandona, no hareis otra cosa que dar de cara contra el suelo.

Apresuraos despacio.—El que emprende dos obras á la vez, no tiene exito en ninguna.—Querer hacer muchas cosas al mismo tiempo, es querer ensartar muchas agujas á la vez.

Frecuentemente no se obra el bien, por quererlo hacer de una vez muy bien.

50.—Las imperfecciones.

No nos turbemos por nuestras imperfecciones, pues nuestra perfeccion consiste en combatirlas, y no podriamos combatirlas sin verlas, ni vencerlas sin encontrarlas, nuestra victora no consiste en no sentir las; sino en no consentirlas.—Mas el sentirse incómodo por ellas, no es consentirlas; para el ejercicio de nuestra humildad, es preciso que algunas veces salgamos heridos en

esa batalla espiritual; sin embargo, jamás somos vencidos, sino cuando hemos perdido ó la vida ó el valor.

No nos inquietemos por vernos siempre novicios en el ejercicio de las virtudes, pues en el monasterio de la vida devota, cada uno se estima siempre novicio, y toda la vida está allí destinado á la probacion; no habiendo señal mas evidente de ser, no solo novicio, sino aun digno de reprobacion y de expulsion que el pensar y reputarse como profeso. Así segun las reglas de ese órden, no es la solemnidad, sino el cumplimiento de los votos lo que hace á los novicios, profesos; y en consecuencia, los votos no quedan cumplidos, tanto que aun hay algo que hacer para su observancia: así pues, la obligacion de servir á Dios y progresar en su amor, dura siempre hasta la muerte.

Bien quisiéramos estas sin imperfecciones; pero es preciso tener paciencia, por pertenecer á la naturaleza humana y no á la naturaleza angélica. Nuestras imperfeccion no deben agradarnos, pero tampoco admirarnos ni quitarnos el valor. Al contrario, debemos sacar de ellas la sumision, la humildad y la desconfianza de nosotros

ción del corazón, ni mucho menos la desconfianza del amor de Dios hácia nosotros; pues aunque Dios no ama nuestras imperfecciones, ni nuestros pecados veniales, sino ama á nosotros, no obstante esos pecados. Así como la enfermedad y la debilidad de un niño, desagrada á su madre, sin que por esto ella deje de amarlo, sino antes bien, lo ama tiernamente y con compasion; así tambien, aunque Dios no ama nuestras imperfecciones y nuestros pecados veniales, no deja por eso de amarnos tiernamente.

Sabed que la virtud de la paciencia es la que nos asegura más la perfeccion, y si es necesario tenerla con los demás, es preciso tambien tenerla con nosotros mismos.—Es preciso sufrir nuestra propia imperfección para conseguir la perfección. Digo sufrirla con paciencia, mas no amarla ni acariciarla. La humildad se alimenta el sufrimiento.

Nuestra imperfección debe acompañarnos hasta el sepulcro; pues no podemos caminar sin tocar la tierra. No debemos ciertamente acostarnos ni revolcarnos en

ella; pero tampoco debemos pensar en volar, porque somos tan pequeños, que aun no tenemos alas.

Nosotros mismos morimos poco á poco; así debemos hacer morir con nosotros nuestras imperfecciones, de dia en dia. ¡Queridas imperfecciones! que nos hacen reconocer nuestra miseria, nos ejercitan en la humildad, en el desprecio de nosotros mismos, en la paciencia y en la diligencia!

¡Dichosos nosotros, si logramos despojarnos de nuestras imperfecciones, un pequeño cuarto de hora antes de nuestra muerte!

51.—Los deseos inútiles.

Todos saben que es menester guardarse del deseo de las cosas viciosas, porque el deseo del mal vuelve malos. Mas yo digo todavía más: no deseéis las cosas que son

peligrosas para el alma, porque hay mucho riesgo de vanidad y de engaño en tales cosas.

Si estando enfermo, yo deseo visitar á los demás enfermos y practicar los ejercicios de los que están sanos, ¿no son vanos esos deseos, supuesto que en aquel tiempo no está en mi poder realizarlos? Y entretanto, esos deseos inútiles ocupan el lugar de otros que yo debiera tener; ser muy paciente, muy resignado, muy mortificado, muy obediente, y muy dulce en mis sufrimientos, es lo que Dios quiere que practique por entonces.

Una persona colocada en alguna obligación ó vocación, no debe entretenerse en desear otra suerte de vida que aquella que conviene á su deber, ni ejercicios incompatibles con su condición presente; pues eso disipa el corazón y lo debilita en sus ejercicios necesarios.

No deseéis las cruces, sino á medida que hayais soportado bien las que se os hubieren presentado; pues es un abuso desear el martirio y no tener valor para sufrir una injuria.

No deseéis las tentaciones, pues ello sería temeridad; pero emplead vuestro corazón en aguardarlas valerosamente, y en defenderos cuando se presenten.

No llenéis vuestra alma de muchos deseos mundanos, porque ellos os echarían á perder todo; ni tampoco de muchos deseos espirituales, porque ellos os estorbarían.

Para caminar bien, es necesario aplicarnos á andar bien el camino que tenemos mas cerca de nosotros y hacer la primera jornada, más no distraernos en desear hacer la última, cuando se necesita hacer y concluir la primera.

A nosotros toca cultivar bien nuestras almas y dedicarnos á ello fielmente; pues en cuanto á la abundancia de la cosecha, dejemos ese cuidado á Nuestro Señor.

No deseéis no ser lo que sois, y estad contento con ser lo que sois.—Ocupad vuestros pensamientos en perfeccionaros en eso y en llevar las cruces pequeñas ó grandes que allí encontreis. Creedme: esta es la gran palabra y la menos entendida en la vida espiritual: cada uno ama según su de-

ber y según el gusto de Nuestro Señor.—
¿De qué sirve fabricar castillos en España
si tenemos que habitar en Francia?

52.—Las caídas.

No tenemos en este mundo, vino sin
asientos. Reflexionemos esto: ¿Será me-
jor que en nuestro jardín haya espinas, pa-
ra tener rosas, ó que no haya rosas por te-
ner espinas?

Cuando nos acontezca caer, por los re-
pentinós ímpetus del amor propio ó de
nuestras pasiones, prosternémonos delante
de Dios tan luego como podamos, y diga-
mos en espíritu de confianza y de humil-
dad: *Señor, misericordia, porque soy debil!*
Volvamos á levantarnos en paz y tranqui-
lidad, reanudemos el hilo de nuestro amor
y luego continuemos nuestra obra. No es
necesario ni romper las cuerdas ni abando-
nar la lira, cuando se observa su desafina-

miento. Debe aplicarse el oído para exa-
minar de donde viene el desconcierto, y
estirar ó aflojar dulcemente la cuerda. se-
gún el arte lo requiera.

Salomón dice que es un animal muy in-
solente la criada que derrepente se hace
ama. Habría gran riesgo de que el alma
que por largo tiempo ha servido á sus pro-
pias pasiones y defectos, se hiciera orgullo-
sa y vana, si derrepente se convirtiera per-
fectamente en Señora. Preciso es poco á
poco, y paso á paso, ir adquiriendo ese do-
minio, por cuya conquista los santos y san-
tas han empleado muchas docenas de años.

Cuando caigamos en defectos, examine-
mos al punto nuestro corazón, y pregun-
témosle si tiene viva la resolución de ser-
vir á Dios. Yo espero que contestará que sí,
y que antes sufriría mil muertes que apar-
tarse de esa resolución. Preguntémosle en
seguida: ¿por qué, pues, has tropezado aho-
ra? por qué eres tan cobarde? El respon-
derá: he sido sorprendido no sé cómo. . . .
Ay! preciso es perdonarle; no es por infi-
delidad por lo que ha faltado, sino por fra-
gilidad.

Preciso es, pues, corregir á nuestro corazón dulce y tranquilamente, y no excitarlo ni turbarlo más. Pues bien, debemos decirle: corazón mío, amigo mío, en el nombre de Dios ten valor; caminemos, estemos vigilantes, elevémonos á nuestro socorro y á nuestro Dios.—Ah! seamos caritativos con nuestra alma, no la regañemos cuando veamos que no ofende á Dios de hecho pensado.

Si Dios os deja tropezar, eso será para haceros conocer que si El no os tuviera, caerías completamente, y á fin de que os cojais más fuertemente de su mano.

Sed justo, no excuseis ni acuseis á vuestra pobre alma, sino después de madura consideración, temiendo que si la excusais sin fundamento, podrá hacerse insolente; y si la acusais con lijereza, podrá volverse pusilánime, pues le abatis el ánimo.

Cierto es que debemos tener para nosotros mismos un corazón de Juez; pero el Juez se pone en peligro de cometer injusticias, cuando precipita sus sentencias ó cuando las dicta turbado por la pasión.

Haced como los niños: mientras se sienten llevados por su madre en el andador, van atrevidamente y corren en torno suyo, y no se sorprenden por los pequeños tropezones que la debilidad de sus piés les hacen dar. Así, mientras veais que Dios os tiene por la buena voluntad y resolución que os ha dado de servirle, id atrevinamente y no os sorprendais de las pequeñas sacudidas que experimentaréis. Tampoco os apesadumbreis por ello, con tal que de cuando en cuando os arrojéis en los brazos del Señor, y le beseis con el ósculo de caridad.

Proceded alegremente y con corazón franco, en tanto cuanto podais; y si no procedeis siempre con alegría, nunca dejéis de hacerlo con valor y con confianza.

53.—El pecado.

Ninguna otra cosa, más que el pecado, puede separarnos de Dios.